**TODOS JUNTOS HACIA LA ORILLA
EN LA RED DE SU MISERICORDIA.**

**Hna Angela Cabrera**

En estos días el evangelio habla mediante parábolas; esta vez nos presenta el Reino de los cielos comparado a “una red que echan en el mar y recoge toda clase de peces”. ¿Usted pensó en la magnitud de dicha red para abarcar toda clase de peces y, al mismo tiempo, en su resistencia para arrastrar todo cuanto atrape, sin romperse?

Como inmensa red, en el mar de la vida, nos abraza Dios con su misericordia, valiéndose de sus mediaciones para alcanzarnos y unirnos a Él. La red se echa con una intención. Se espera de nosotros mucho bien. No todos nadamos al mismo ritmo. Hay peces listos, audaces, trabajadores…, algunos distraídos ni se enteran de que la red nos envuelve y nos llevan de camino.

Nos envuelve la red, porque no escapamos de Dios, de su designio, de su tiempo. Importa considerar qué sucede mientras vamos hasta la orilla. La orilla podría representar, en el pensamiento de san Agustín, la imagen del final de los tiempos, algo semejante a lo que sucede en la parábola del trigo y la cizaña, donde ambos crecen juntos. En la comparación del Reino con la red, en vez de crecer juntos, “van arrastrados juntos”, todos mezclados. Nuevamente sale a relucir el fuerte sentido de la convivencia humana y cristiana, y el desafío de aprovechar el tiempo mientras nos llevan.

No sabemos cuándo alcanzaremos a tocar la “orilla”. Observemos que quienes arrastran, aquellos que “echan la red”, son varios. Éstos son los que se sientan. Y lo hacen para rebuscar en la red, indagar, rebuscar a ver qué cosas buenas pueden ser provechosas. Cada uno de nosotros sabrá con qué quiere llegar a la orilla. Observemos que no somos nosotros quienes revisaremos, ni nos pedirán opinión; por lo que llevemos se determinará si nos echan en el “cesto” o si “nos tiran”.

La parábola nos ayuda a tomar conciencia de que nuestro compromiso cristiano consiste en echar las redes. No nos toca evaluar la calidad de los peces. Sencillamente nos toca “lanzarlas”. Aquello que la red arrastre tiene oportunidad de perfeccionarse mientras va de camino. Si en los cuentos infantiles “un sapo se convierte en príncipe”, cuanto más, la gracia de Dios convierte un pecador en santo.

Señor: queremos que nos des la gracia de vivir cada día como si ya estuviésemos llegando a la orilla; con dedicación para cultivarse interiormente. No queremos llegar llenos de basura y lastimados. Deseamos que la medicina que emana de tus redes nos sane y nos purifique. Danos un corazón misericordioso como el tuyo para convivir con tanta diversidad de peces. Que nunca nos falten las fuerzas de tu Espíritu para, contigo, lanzar las redes.

1. ¿Cómo estoy aprovechando el tiempo antes de llegar a la “orilla”?

2. ¿Cómo está mi convivencia con los diversos “peces” mientras vamos a la orilla?

3. ¿Qué estamos atrapando cuando echamos las redes?